

# S.O.S

## MI MATRIMONIO ESTÁ EN CRISIS

**Principios Bíblicos para la Restauración de tu Matrimonio**

**Paula Pires**

## INDICE


| | |
|---|---|
| Introducción: Mi testimonio | 3 |
| Capítulo 1: Pidiendo Sabiduría a Dios | 9 |
| Capítulo 2: Constatando el Daño | 16 |
| Capítulo 3: Reconociendo mi Parte | 21 |
| Capítulo 4: Dios es un Dios de Restauración | 26 |
| Capítulo 5: Ellos También Sufren | 32 |
| Capítulo 6: Toda Sanidad Requiere Tiempo | 37 |

Capítulo 7: El Verdadero Enemigo 42

Capítulo 8: Creando el Ambiente Adecuado 52

Capítulo 9: La Visión de Fe 60

Capítulo 10: Un Camino Llamado Perdón 66

Capítulo 11: No Durará para Siempre 73

## INTRODUCCIÓN

### Mi Testimonio

**"Sólo yo soy el Señor, y fuera de mí no hay quien salve"** (Isaías 43:11).

Es probable que el principal motivo de tu encuentro con este libro sea porque estás viviendo una crisis en tu matrimonio. Si es así, puedes estar seguro de que aquí encontrarás las respuestas que vienen directamente del corazón de Dios.

Quise comenzar este capítulo con el texto de Isaías porque refleja el mensaje poderoso que es necesario escuchar en este tiempo de dificultad que

te afecta. Éste es un tiempo en donde buscas una salida, una solución, un cambio, una respuesta. Dios, nuestro Señor, es todo lo que buscas, y lo primero que debes entender es que fuera de Él, no hay quien pueda salvar tu matrimonio. En Él se hallan las respuestas, la fortaleza, la sabiduría, y el poder para restaurar lo quebrado, sanar lo herido, y guiar tus pasos para saber qué hacer.

Esa es mi historia, y de esto, sí, puedo dar testimonio, pues Él fue quien restauró mi matrimonio herido. Hoy puedo disfrutar de una familia sana, gracias a la obra completa de un Dios restaurador.

A los ocho años de matrimonio, la inevitable crisis concluyó en el quiebre de nuestro matrimonio. Es obvio que muchas circunstancias rodearon ese desenlace final. Siempre hay dos lados en todo conflicto matrimonial, y mi matrimonio no fue la excepción. Tuvimos un buen comienzo, pues ambos teníamos una relación personal con Cristo y un deseo de hacer las cosas de la forma que a Él le agradase. Pero cometimos muchos errores. Quizás, hoy podríamos decir que nos faltaba experiencia, madurez, o conocimiento de lo que es el matrimonio verdaderamente. O, quizás, había orgullo, falta de perdón, etc. Pero lo cierto es que el conjunto de todos esos elementos nos llevó al fin de una hermosa historia de amor. De súbito, esa relación

maravillosa y plasmada de amor de los primeros años se había hecho insostenible, y ahora él y yo éramos “enemigos”.

Eso era lo más difícil de asimilar. Miles de preguntas y sentimientos me embargaban en ese momento de quiebre y decepción. ¿Por qué a nosotros? ¿Qué hice mal? ¿Cómo llegamos a esto? Parecía no haber respuesta para estas interrogantes. Después de diversas circunstancias rodeando los últimos meses de constante tensión y muchas peleas, mi esposo tomó la decisión fatal de irse del hogar.

A esta mezcla fatal, aun debía agregarle que ya teníamos dos hijos varones pequeños y yo, sin esperarlo, había quedado embarazada de nuestra hija. Era una nefasta combinación. Todo mal. La constatación de la catástrofe se hacía cada vez más latente. Y junto con la crisis, se hicieron evidentes otras realidades que me obligaban a tomar decisiones en medio de tiempos oscuros y plasmados de emociones negativas. La familia exigía explicaciones y, de cierta forma, pedía que yo tomara una “postura” frente a lo que estaba pasando. Los miembros de nuestro equipo de trabajo misionero que quedó congelado también exigían respuestas. Nuestros pequeños preguntaban lo que iba a suceder. La noticia se esparcía como plumas lanzadas al viento, y las personas comenzaban también a pedir satisfacción de lo que había sucedido. Pero ni yo misma sabía qué era lo que me había golpeado.

Lo único que sé es que mi corazón estaba destrozado. Era el fin. Había mezcla de sentimientos entre el recuerdo de ese amor tan tierno y dulce del inicio y las palabras ásperas y cargadas de rencor de los últimos tiempos. Pero estaba atontada, no lograba entender cómo habíamos llegado hasta ese punto de quiebre final.

Este fue el inicio de un largo proceso de restauración.

Mi primer paso fue rendirme ante Dios. Luego de vivir algunos días de confusión y extrema angustia, finalmente entendí que esta verdad de Isaías 43 era para mí. Dios mismo me hizo entender a través de esta porción bíblica que no habría esperanza para mí fuera de Él. Entonces, hice una elección: decidí vivir mi crisis junto a Él, aferrada a Él, postrada ante Él, asida a Él, reconociendo que no podría seguir sola.

Actualmente, no me arrepiento de haber tomado esa elección, pues es lo mejor que podría haber hecho. A partir de allí, comencé una jornada profunda de tratamiento de parte de Dios, primeramente en todas las áreas de mi vida y luego, comencé a ver el obrar del Señor en mi relación matrimonial, en mis hijos, en mi familia extendida, y en todos los que pudiesen estar involucrados en esto.

Valió la pena, pues en Él encontré también los elementos que necesitaba para pasar por este valle de tristeza y decepción. Él me dio las fuerzas para

levantarme en medio del dolor, me dio la sabiduría para saber qué hacer, me dio la gracia para perdonar, me dio el amor para entregarme sin condiciones, me dio la esperanza para perseverar hasta que el milagro de la restauración se cumpliera por completo, y me extendió Su mano para dar cada paso a la vez.

Tengo que admitir que fue un proceso lento. Sumando todos los años desde el inicio de la crisis hasta que la mayoría de las áreas fueron restauradas podría contar casi diez años de nuestra vida. Sí, lo sé, mucho tiempo, y muchas veces pensé que era tanto, pero al fin de todo, valió cada año. El Señor se encargó de darle valor a cada experiencia vivida, y no estuve sola mientras pasaba por todo eso.

Hoy tengo este testimonio de victoria que puedo compartir contigo y con muchos. Soy como aquél enfermo que tras años de tratamiento en el hospital puede salir y decir a otros enfermos que es posible ser sanado y entregarles esperanza a través de su experiencia.

En otros libros podrás leer la historia completa de nuestra separación y restauración, así como también los pormenores de la historia de mi esposo, que fue quien tomó la decisión de abandonar el hogar. Por su determinación, vivió en confusión, alejado de Dios y de su familia por mucho tiempo.

Pero en estas primeras líneas, mi intención es darte esperanza y decirte que no estás solo. Miles son los que pasan por cosas semejantes a la que tú

estás viviendo ahora. Nosotros estuvimos entre ellos. Pero es mi oración que las palabras de este libro lleguen a tu vida como agua fresca en medio del desierto que estás viviendo. Vengo a decirte que no está todo perdido, aunque las circunstancias así lo indiquen. El diagnóstico que se nos dio fue fatal, que nuestro matrimonio estaba agonizando, y por un tiempo fue declarado muerto. Pero Dios Todopoderoso, al que amamos y servimos, ¡lo resucitó!, ¡Sí!, lo hizo resurgir de las cenizas. Nos sanó, nos levantó, nos unió, nos dio un nuevo amor, una nueva vida, una nueva perspectiva, y un nuevo futuro. Y si lo hizo con nosotros, lo puede hacer contigo también. Hoy nos hemos levantado como atalayas para anunciar esta verdad: Dios es un Dios de restauración, y su deseo es salvar los matrimonios y las familias.

Mi deseo sincero es que encuentres en este libro el aliento y la sabiduría que necesitas para iniciar y concluir esta jornada de restauración y sanidad en tu matrimonio.

Recuerda que Dios te dice, "No temas, porque Yo estoy contigo, no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia" (Isaías 41:10).

## CAPÍTULO UNO

### Pidiendo Sabiduría a Dios

**Si necesitan sabiduría, pídansela a nuestro generoso Dios, y él se la dará; no los reprenderá por pedirla. Cuando se la pidan, asegúrense de que su fe sea solamente en Dios, y no duden, porque una persona que duda tiene la lealtad dividida y es tan inestable como una ola del mar que el viento arrastra y empuja de un lado a otro" (**Santiago 1:5-6).

Uno de los primeros síntomas resultantes de la crisis matrimonial es la confusión. Nuestra mente se ve afectada por el torbellino de pensamientos y emociones que nos embargan.

Por un lado, está el sentimiento de rabia e impotencia por lo que está sucediendo. Y por otro, el temor de perderlo todo, de no saber lo que se viene, esa angustia al constatar que hemos sido engañados, y así, una cadena sucesiva de emociones fluctuantes que van siendo afectadas por las circunstancias que suceden día tras día.

A veces, esta confusión se produce porque hemos descubierto las mentiras de nuestro cónyuge. Las pruebas han dejado en evidencia el engaño. La tristeza, la decepción, y el dolor aparecen al darnos cuenta de lo que nos hizo. Eso nos ciega, y nos lleva a querer exigir respuestas por el comportamiento que ha causado esta crisis. Esa decepción, a veces, se transforma en rabia, el rencor se hace evidente, y queremos ver a nuestro cónyuge pagar por lo que hizo. Esa confusión de emociones afecta nuestra mente, pero también nuestras decisiones, y lo primero que pensamos es en la separación.

Pareciera que es mejor "apartarse del camino" cuando la crisis se asoma en el horizonte. Pensamos que es mejor que el cónyuge se vaya o que simplemente nosotros nos vayamos.

A esta presión sin fin, se le agrega otro factores determinantes que son las amistades y familiares cercanos, que en lugar de mantenerse al margen o limitarse a darnos apoyo emocional, normalmente agravan la crisis,

aconsejándonos la separación y a tomar actitudes de rencor y amargura. Podríamos pensar de forma empática, que esa actitud es comprensible, pues ellos, como amigos y familiares, solidarizan con nuestro dolor, y quieren hacernos sentir mejor, mostrándonos que están de nuestro lado. Sin embargo, está claro que eso no nos ayuda, pues nuestro estado de confusión es tal que esos consejos terminan ahondando o exacerbando nuestros sentimientos y agravando nuestra confusión.

Está claro que lo primero que necesitamos en estos tiempos es tener la sabiduría para poder administrar la crisis que nos ha sobrevenido. La sabiduría no es un simple consejo, más bien es la voluntad de Dios para un tiempo específico.

Sólo Dios conoce el futuro, el pasado, y lo que estamos viviendo en el presente. Sólo Él conoce lo más profundo del corazón de ambos cónyuges. Él es el único que es capaz de tener una visión externa de nuestra situación. Sólo Él puede darnos las herramientas espirituales para poder manejar todo lo que nos depara esta crisis hasta salir de ella.

Tantos matrimonios se han deshecho con demasiada rapidez porque no se trató con sabiduría el problema; porque no se pensó en la posibilidad de una restauración. Es obvio que el tiempo de crisis no es el mejor momento para tomar decisiones tan trascendentales. Tempranamente en mi vida aprendí esta

lección: No tomes decisiones importantes cuando tus emociones estén alborotadas. Las decisiones se ven afectadas por las emociones oscilantes, y éstas también nos nublan la visión para ver las cosas tal como Dios desea que las veamos.

Es por eso que éste es un tiempo cuando debemos detenernos. Debemos parar y pedir a Dios sabiduría. Es tiempo de entregar nuestras emociones y pensamientos a Él y pedirle que nos dirija, pues no sabemos cómo actuar.

Nuestras pasiones internas se agitan debido a las emociones, y si nos dejamos guiar por ellas, echaríamos todo por la borda, y terminaríamos con todo de una vez. Pero es muy posible que más tarde nos arrepintamos y que tengamos que recoger los pedazos de miles de destrozos que serán simplemente las ondas expansivas de este problema que nos afecta ahora y que no fue manejado de la forma apropiada.

Pídele a Dios, entonces, que te ayude. Pídele la sabiduría que necesitas para administrar esta crisis que te ha sobrevenido. Él promete que te la dará, en la medida que la necesites. Ora, clamando al Señor que ilumine tu camino y que te muestre lo que debes hacer.

Bien lo escribe Isaías, "Entonces tus oídos oirán a tus espaldas estas palabras: '¡Este es el camino; anden por él…!'" (30:21).

¿Y cómo saber si lo que oí es realmente la sabiduría de Dios para mí? Bueno, en el capítulo 3 de Santiago se menciona cuáles son los componentes de la sabiduría que viene de Dios.

Primeramente, nos exhorta diciendo que aquellos que creen ser sabios deben demostrarlo en su conducta. Por lo tanto, nuestras acciones deben estar en concordancia con el discurso que damos—que deseamos hacer las cosas según el deseo de Dios, utilizando su sabiduría.

Luego, advierte que los celos y las ambiciones egoístas son síntomas de una sabiduría terrenal y diabólica, que en nada se asemeja a la sabiduría que viene de lo alto. ¿Cómo has estado actuando? ¿Cómo piensas actuar? Pregúntate si esas son las actitudes que Dios esperaría de ti, una persona que desea actuar según la sabiduría de Dios.

Los versos siguientes del capítulo 3 del libro de Santiago nos describen la sabiduría de Dios. Los elementos que aquí presenta son los que definitivamente nos llevarán a la restauración.

"Sin embargo, la sabiduría que proviene del cielo es, ante todo, pura y también ama la paz; siempre es amable y dispuesta a ceder ante los demás. Está llena de compasión y del fruto de buenas acciones. No muestra favoritismo y siempre es sincera. Y los que procuran la paz sembrarán semillas de paz y recogerán una cosecha de justicia" (Santiago 3:17-18).

No se trata de actitudes o acciones que separen o que causen un quiebre mayor, sino de esfuerzos conciliadores, donde dejemos de lado las ambiciones egoístas y cambiemos la mirada egocéntrica por un nuevo prisma, el prisma de Dios.

Quien actúe guiado por la sabiduría de Dios deberá siempre estar en busca de la paz. Será alguien que busque la conciliación, estando dispuesto a ceder, a renunciar a lo que considera sus derechos, a caminar con un espíritu manso en humildad, intentando sembrar y cosechar la justicia, no la justicia de hombres que es egoísta, sino la de Dios, que nos lleva a vivir sus principios y su verdad inalterable.

Nunca debemos olvidar que nuestro Dios es un Dios de restauración. Sus consejos y su sabiduría siempre nos llevarán a restaurar, jamás a quebrar. Si en nuestra mente o corazón surgen pensamientos de rencor, rabia, venganza, disensión, quiebre, o destrucción, debemos tener certeza que no se trata de algo que provenga del corazón de Dios.

Muchas veces el enemigo de nuestras almas es quien está plantando esos pensamientos negativos en nuestra mente, para desviarnos de Dios y de su propósito.

Recuerda que aunque sientas que todo está perdido, hay una gran promesa de la palabra de Dios en Romanos 8:28 para aquellos que le aman y

que son llamados según su propósito, y es que finalmente *todas* las cosas cooperan para nuestro bien. ¡Esta es una verdad poderosa que nos trae esperanza!  Nuestro Dios es el único capaz de transformar aquellas cosas terribles en algo con propósito.

Por lo tanto, afirma tu corazón en esa verdad, y busca al Señor en oración, pidiéndole su sabiduría para administrar esta crisis que ha sobrevenido a tu matrimonio. Él tiene una respuesta. No te defraudará.

"Así como el Padre me ha amado a mí, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si obedecen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, así como yo he obedecido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho esto para que tengan mi alegría y así su alegría sea completa" (Juan 15:9-11).

## CAPÍTULO DOS

## Constatando el Daño

**“Porque ninguna cosa es imposible para Dios”** (Lucas 1:37).

Lo más difícil en tiempo de crisis es mantener la esperanza.

Las circunstancias se levantan como grandes olas que nos ahogan y nos impiden avanzar. Los problemas se ciernen sobre nosotros como poderosos

gigantes que nos hacen sentir diversas emociones, todas ellas negativas, llevándonos a la desesperanza.

La confusión es la primera emoción que nos amenaza. No sabemos cómo actuar, no entendemos porque llegamos a esto, no sabemos cómo responder a aquellos que nos piden satisfacción. Por eso, pedir sabiduría a Dios es el mejor camino para comenzar esta jornada que nos llevará a salir del tiempo de crisis.

Pero luego debemos enfrentar las otras emociones que nos embargan. Sentimos temor, angustia, rabia, impotencia, rencor, dolor, deseos de venganza, etc. Todas estas emociones nacen de la constatación del daño que se ha causado y que se nos ha causado.

Es muy complicado enfrentar las circunstancias y asumir lo que está pasando realmente. Si se trata del pecado de nuestro cónyuge que nos afecta, se nos presenta una dualidad. Al mismo tiempo que esto nos provoca un dolor inmenso, casi indescriptible, por otro lado nuestro corazón lucha con la rabia e impotencia por no poder entender esto y cómo se llegó a perder el amor que nos profesábamos al inicio de la relación.

Sentimos rabia hacia nuestro cónyuge. No cabe en nuestra mente que nos haya fallado así, que se haya desentendido de todo, y que nada le haya importado. Esta constatación es devastadora. Nos derriba, nos deja sin piso,

nos sacude, y nos golpea al mismo tiempo. Es curioso, pero llegamos a sentir ira y pena al mismo tiempo. Queremos que se vaya, pero no queremos perderlo. ¿Cómo es posible sentir dos emociones y deseos tan opuestos? Es que nuestro amor ha sido herido—herido de muerte. El dolor es agudo, un cuchillo clavado en nuestras entrañas.

Pero estas emociones son peligrosas. Aquí es donde muchos se dejan llevar y se entregan a los sentimientos confusos, tomando decisiones sin ponderar todo lo que se viene.

Antes de seguir adelante, entonces, es importante en primer lugar enfrentar el problema. Debemos asumir que ha llegado a nuestro matrimonio el tiempo de crisis. Los malos tiempos se han asomado, el tiempo de oscuridad, de valle tenebroso, el tiempo del dolor y de la angustia.

El tiempo malo ha llegado. No podemos negarlo o postergarlo. Es tiempo de enfrentar la realidad: tu matrimonio está en crisis.

¿Te acuerdas de aquellas promesas que se hicieron cuando se casaron? En aquel tiempo estaban tan enamorados que ni siquiera imaginaban que podrían enfrentar a "las malas". Pero, has llegado a la parte del camino donde el letrero indica: "Acabas de entrar a 'las malas' de la relación." Aquí es donde el amor que debe "perdonar y esperar "será más probado aún. Es terriblemente duro, pero necesario asumirlo. Sólo así estarás dispuesto a entrar

en un plan de contingencia y dar pasos para no descartar de una vez todo lo que construiste por años.

En esta etapa, es tiempo de clamar a Dios para que tome tu dolor. Es tiempo de orar y llorar a los pies del Señor, dejando las emociones diversas que te invaden a cada instante. Y tras cada llamada con nuevas noticias devastadoras, otra vez derramarte ante Él, dejando el dolor que te embarga. Es un tiempo para simplemente aprender a descansar en Dios mientras Él te muestra el camino a seguir. No es tiempo para decidir nada, no es tiempo de acabar con nada, ni empezar nada nuevo.

Este es el momento de constatar el dolor y de llorar la pena. No la escondas, y no la reprimas. No guardes el dolor, ni lo niegues. Entrega al Señor todo lo que te aqueja, y aprende a descansar en Él. Deje que el dolor drene, como de una herida abierta.

Hoy, tu cónyuge no puede ofrecerte nada, así que no lo mires a él. Si lo miras, quizás vas a perder la esperanza totalmente, pues es posible que esté cegado y perdido en sus andanzas. Este es tu tiempo con Dios, es el tiempo para que busques en Él las respuestas que necesitas.

Dios te ha hecho promesas, y una de ellas está en Lucas 1:37, cuando dice que no hay nada que sea imposible para Él, ni siquiera tu matrimonio destruido. Nada le es imposible. Él es Soberano, dueño de todo, el Señor de

todas las cosas y si Él así lo determina, Él puede cambiar las circunstancias, puede cambiar los corazones, puede sanar y restaurar todo.

Es obvio que Él es el único que tiene la capacidad de hacer todo esto y aun puede llegar a darle propósito a nuestro dolor. Es el único que puede transformar nuestra crisis en un diamante valioso que luego será lucido ante muchos. Pero para eso, es necesario someterse al proceso, dejar que sea Él quien nos dirija, que sea Él quien determine el final de nuestra historia.

Por eso, déjale ser Dios en tu vida. Tal como dice el Salmo 46:10, aquieta tu corazón y déjalo ser Dios. Para de luchar en tus fuerzas, para de intentar cambiar tú mismo las circunstancias. Entrega tu carga al Señor, y déjalo hacer el tratamiento necesario para la sanidad total de tu matrimonio y de tu familia.

Es una decisión de la cual no te arrepentirás. Yo no me arrepentí, pues fue mejor confiar en Él antes de hacer las cosas a mí manera. Dios me honró después de haber pasado por esta prueba, pues no sólo me sacó de la crisis, sino que de paso, aprovechó para sanar las bases erradas de mi matrimonio y reconstruir todo y ponerlo sobre una base firme. Y así como lo hizo conmigo, lo puede hacer también en tu matrimonio y en tu familia. Sólo debes entregarte a Él y confiarle tu causa para que Él obre el milagro que necesitas. Sólo cree.

"Si ustedes permanecen unidos a mí, y si permanecen fieles a mis enseñanzas, pidan lo que quieran y se les dará" (Juan 15:7).

## CAPÍTULO TRES

### Reconociendo mi parte

**Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce los pensamientos que me inquietan. Señálame cualquier cosa en mi que te ofenda y guíame por el camino de la vida eterna"** (Salmos 139:23-24).

Es posible que a esta altura de tu crisis matrimonial te encuentres cegado. Tal vez piensas que toda la culpa de todo lo que está sucediendo sea de tu cónyuge, que ha tomado la actitud más negativa y que, quien sabe, haya tomado la decisión de acabar con todo.

Pero lo cierto es que en una crisis matrimonial siempre hay dos lados y dos culpables. La crisis evidente siempre es el fin de una jornada que se inició hace mucho tiempo atrás.

A veces, se trata de pequeñas áreas que fueron descuidadas y que llevaron a esta devastación. En otros casos, se trata de un evento traumático que provoca este desenlace. Sin embargo, aunque uno de los dos haya cometido el error más obvio, está claro que la crisis ha sido producto de la participación activa o pasiva de ambos.

Esto es importante y necesario reconocer. No es saludable culpar al otro y creer que nosotros lo hicimos perfectamente bien. En el texto citado arriba, el rey David ora al Señor pidiéndole que sea Él quien examine su corazón, para ver si hay algo que le desagrada. Esa debe ser nuestra oración también en este tiempo de crisis, pidiéndole a Dios que nos muestre nuestra parte de todo lo que ha sucedido.

Así me sucedió a mí también. Durante los primeros meses de crisis, luego del abandono del hogar por parte de mi esposo, estando yo embarazada, quedé cegada pensando que él había desistido de nuestra relación y que había tirado todo por la borda. Su decisión final de desistir de todo me cegaba al punto de pensar que yo no era la culpable de nada, pues al fin y al cabo yo

estaba allí, asumiendo el cuidado de mis hijos y, de cierta forma, no era yo la que había tomado esa decisión fatal.

Por otra parte, amigos y familiares se ocupaban en ayudarme en mi autocompasión cuando, por simpatía, me hacían sentir como la víctima. Mis lágrimas les hacían compadecerse, y la mayoría de las palabras que escuchaba eran palabras donde se dejaba en evidencia la cobardía de mi esposo al abandonar nuestro proyecto familiar.

Pero tal como lo mencioné al comienzo de este libro, no me mantuve mucho tiempo en esa postura, pues comprendí que debía pedir la sabiduría al Señor para saber qué hacer en medio de esta crisis que enfrentaba.

Al buscar al Señor, me sorprendí cuando Él me mostró dos cosas: una de ellas fue que me dio esperanza en el hecho de que Él era el único capaz de cambiar mi historia. La otra fue que Él comenzó a mostrarme todas aquellas cosas que *yo* había descuidado y donde me había equivocado en todos los años de matrimonio antes de que la crisis explotara.

Para que esto sucediera, comencé a orar y buscar mucho a Dios en oración. Oraba todos los días, clamando a Dios por mi matrimonio, pero también clamando que Él me mostrara mi corazón y el corazón de mi esposo.

Una de las verdades fundamentales que comprendí durante esos tiempos de búsqueda y oración es la que se encuentra en Gálatas 6:7 que dice, "No se

dejen engañar: nadie puede burlarse de la justicia de Dios. Siempre se cosecha lo que se siembra.”

Tuve que aceptar que si yo estaba cosechando esos frutos amargos que ahora estaba comiendo, era porque seguramente con anterioridad yo misma había sembrado semillas que no eran la voluntad de Dios para mi relación matrimonial. Aquí no se trataba sólo del pecado de mi marido, de sus errores y de sus malas decisiones. También estaba mi parte en todo lo que ahora estábamos cosechando.

Y así, poco a poco, me fui haciendo más sensible a la voz de Dios, y fui escuchando y entendiendo cuáles eras mis errores y pecados en todo lo que había sucedido. Debo reconocer que me sorprendí. Fue tan sólo disponerme delante de Dios para escuchar, que de inmediato Él comenzó a mostrarme tantas cosas.

¡Fueron tantos errores que yo cometí durante años! Me vi asumiendo actitudes de competencia, de desdén, de deshonra, de falta de respeto hacia mi esposo. Recordé todas las veces que entré en crisis y que me sentí frustrada por haberme casado tan joven y por haber tenido hijos. ¡Cuántas veces le reproché eso y tantas otras cosas! Recordé ocasiones en que lo manipulé para conseguir lo que quería, que intenté “darle lecciones” para enseñarle cómo debía actuar. Y así, podría nombrar infinidad de cosas que Dios me fue

mostrando y que eran “pequeñas” cosas a mis ojos, pero que se transformaron en un conjunto de cosas que llevaron finalmente a ese desenlace fatal.

Por lo tanto, en la quietud de tu habitación, busca al Señor, y pídele que te muestre lo que hay en tu corazón. Deja que Él te revele las áreas donde tú mismo has cometido errores que han afectado tu relación matrimonial. Quizás se trate de actitudes equivocadas, palabras, o decisiones mal tomadas. Quizás te alejaste de Dios hace tanto tiempo y comenzaste a hacer las cosas a tu manera. Dios mismo te mostrará dónde perdiste el rumbo, dónde comenzaste a realizar esa mala siembra, no para condenarte, ni para acusarte, sino para mostrarte el camino de regreso, para mostrarte el camino de restauración.

Pregúntale: Señor, ¿cuál fue mi aporte para que todo llegara a este punto? Y luego, dispón tu corazón para escuchar lo que Él tiene que decir.

“SEÑOR, muéstrame tus caminos, y enséñame tus sendas. Guíame en tu verdad y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti espero todo el día…” (Salmos 25:4-5).

## CAPÍTULO CUATRO

### Dios es un Dios de restauración

**"Por nada romperé mi pacto; no retirare ni una sola palabra que he dicho"** (Salmos 89:34)

Una gran verdad que debes entender y aceptar en tiempo de crisis matrimonial es que Dios es un Dios de restauración, y que Él desea que tu matrimonio y familia sean restaurados.

En esto no hay duda. El carácter de Dios no cambia, y tal como lo dice en el versículo del Salmo 89 citado más arriba, Él es un Dios de pactos, y Él no rompe sus promesas.

Dios ha establecido una relación de pacto con el ser humano, y nos ha hecho grandes y poderosas promesas para aquellos que le buscan y que se acercan a Él en búsqueda de respuesta. Él ha hecho un pacto incondicional con nosotros, y se ha mantenido fiel a este pacto a pesar de nuestra infidelidad, y aunque le hemos fallado infinitas veces.

Este mismo Dios desea que nosotros seamos personas de pacto, que reconozcamos que el matrimonio que fue creado por Él es un pacto, y no sólo un contrato hecho entre hombres. Nuestra idea de que el matrimonio es un contrato, proviene de la unión en el civil establecida por hombres y que nos indica que permanezcamos juntos mientras ambos cumplan "su parte" del trato. Pero lo cierto es que el matrimonio diseñado por Dios no es un contrato, más bien es un pacto incondicional hecho entre dos personas del sexo opuesto que se comprometen a cumplir su parte del pacto a pesar de las circunstancias.

Así, por lo menos, lo declaramos la mayoría de nosotros cuando nos casamos y dijimos ante Dios y muchos testigos que nos comprometíamos a amarnos, cuidarnos, respetarnos, ser fieles, y protegernos en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, en la juventud y en la vejez—todas promesas de incondicionalidad, hechas a esa persona con la cual nos unimos, diciendo que estaríamos juntos hasta que la muerte nos separase. O sea, aparte de ser un compromiso incondicional, el

matrimonio es un pacto que sólo se rompe con la muerte de uno de los cónyuges.

Si somos hijos de Dios y deseamos agradarle haciendo Su voluntad, entonces tendremos que entender que Él desea que seamos cumplidores del pacto que hicimos ante Él, y que lo mantengamos aún en medio de las circunstancias adversas. Debemos admitir que mantener el pacto matrimonial en circunstancias favorables, cuando todo está marchando a las mil maravillas, es relativamente fácil. Lo complicado es mantenernos firmes en las promesas que hicimos cuando llegan los tiempos de dolor, de decepción, de enfermedad, de escasez, de oposición, y de angustia.

Pero este mismo Dios que fue testigo de nuestra unión el día que nos casamos, es el Dios que nos capacitará para guardar el pacto y para pasar por el tiempo de prueba. Él te dará la gracia que necesitas para soportar, para esperar, para perdonar, para mirar con fe y esperanza tu matrimonio herido mientras Él realiza el trabajo de restaurarlo.

Ya que Dios es el creador del matrimonio, es obvio que Él está a favor de la restauración, a pesar de que el divorcio hoy sea el pan de cada día para los matrimonios. Él no desea que se acabe todo lo que ustedes construyeron. No desea que sus hijos sufran el quiebre de sus padres. Él no quiere que sus corazones se destrocen por el divorcio y que vivan las marcas de este quiebre

de aquí en adelante. Debes entender como un hijo de Dios que desea agradarle, que Su voluntad para ti es que luches por la restauración y sanidad total de tu matrimonio, no importa cuánto tiempo eso tome.

Muchas personas caen en la trampa de confundir la restauración con la reconciliación, a pesar de que no se trata de lo mismo.

La reconciliación es cuando un matrimonio que está separado debido a una crisis vuelve a vivir juntos. Sin embargo, muchas veces esa reconciliación sucede simplemente "echando tierra" sobre el problema que causó la separación. Por lo tanto, no se soluciona la causa de la crisis, y ésta vuelve a surgir en poco tiempo. Y como en un ciclo, vuelve a llevar al matrimonio a la separación.

La verdadera restauración que proviene del Señor es completa. Si el motivo de la crisis matrimonial es el pecado de alguno de los cónyuges, obviamente es importante que se reciba ayuda para que el problema o pecado que causó la separación o la crisis sea tratado adecuadamente antes de que el matrimonio vuelva a vivir juntos o antes de que se dé por superada la crisis.

Esto nos lleva a reflexionar en la importancia de buscar ayuda cuando estamos enfrentando este tipo de situaciones. Es cierto que hoy en día hay pocas personas dispuestas a ayudar matrimonios en crisis. Sin embargo, Dios, en su infinito amor, pondrá en nuestro camino personas idóneas que nos lleven

y nos ayuden en el proceso de restaurar. El que hará la obra es nuestro Dios Todopoderoso, pero las personas adecuadas podrán ser esos colaboradores de Dios para acompañarnos en el proceso de sanidad.

En el evangelio de Juan, capítulo 11, se relata la historia de cuando Jesús resucitó a su amigo Lázaro que había muerto cuatro días antes. El gran milagro lo hizo Jesús. Él dijo la palabra poderosa para que el cuerpo deteriorado de Lázaro fuera recompuesto y pudiera salir de la tumba. Sin embargo, la Biblia relata que Jesús envió a sus discípulos a quitar la gran piedra que cubría la tumba donde él yacía. Lázaro tuvo que salir de la tumba, esa era la parte que le tocaba a él, pero los discípulos también tuvieron una participación en el proceso.

En la sanidad de tu matrimonio, hay una parte que te toca a ti—pasos que tendrás que dar, instrucciones específicas que Dios te dará y que tendrás que obedecer para que tu matrimonio resucite, pero también Dios pondrá personas idóneas para ayudarles en su proceso de sanidad, que serán colaboradores en el proceso de "quitar la piedra". No obstante, recuerda que la virtud, el poder definitivo para la sanidad y restauración de tu matrimonio, no proviene de los colaboradores, ni de ti mismo, proviene de nuestro poderoso Dios, quien dará la última palabra respecto a tu matrimonio.

Él es quien tiene la última palabra. Ni siquiera tu cónyuge, que quizás hoy haya tomado una decisión definitiva respecto al matrimonio, puede determinar el fin, si Dios no lo determina así.

Él necesita que uno de los dos cónyuges esté dispuesto y vinculado cien por ciento a Él para hacer el milagro de restauración. Y si tú estás leyendo esto, seguramente Él te ha escogido a ti. Así que, afirma tu corazón en esta verdad: Dios desea y tiene todo el poder para restaurar tu matrimonio. Si crees y obedeces, Él lo hará.

"Yo soy el Señor, tu sanador…" (Éxodo 15:26).

## CAPÍTULO CINCO

### Ellos También Sufren

**"No se ocupen solo de sus propios intereses, sino también procuren interesarse en los demás"** (Filipenses 2:4).

Quizás el mensaje que viene ahora te parezca un poco complicado de asimilar en medio de este tiempo difícil que te aqueja. Sin embargo, es importante considerar esta sensible verdad.

Cuando estamos viviendo una crisis matrimonial, con frecuencia estamos tan absorbidos por las circunstancias que nos rodean, que olvidamos o perdemos de vista otros protagonistas importantes de toda esta historia.

Pero es momento, también, de mirar a nuestro alrededor y ver que nuestros hijos también están sufriendo con todo esto. Ellos han sido los receptores pasivos de todo el dolor, de la aflicción, de la inseguridad, y de la desesperanza que ustedes  han vivido.

Tal vez no has tenido fuerzas para pensar en ellos, pero ellos están allí, absorbiendo todo lo que ustedes están exponiendo. Ellos han escuchado conversaciones, han visto caras, han palpado los "silencios", y han visualizado el futuro incierto que les espera tras esta crisis.

No los dejes de lado. No pienses que luego te ocuparás de ellos. No los utilices para que sean "mediadores" entre la tensión de ustedes dos. No pienses que son lo suficiente maduros para escuchar toda tu amargura y tu dolor. No creas que lograrán ser jueces imparciales frente a todo lo que está sucediendo.

No, ellos no pueden ser olvidados, ni dejados de lado. Encárgate de guardar sus corazones en medio de esta crisis. Piensa en la restauración y date cuenta que es mejor que ellos no participen de todo el dolor que ustedes están experimentando en este tiempo de crisis y separación.

Escucha la sabiduría de la palabra de Dios en Filipenses que dice que no miremos sólo lo que a nosotros nos compete. No les dejemos de lado, no les

ignoremos, pensemos en sus corazones, y decidamos ahorrarles una gran cuota de dolor que quizás no sepan administrar.

Nuestros hijos sí merecen saber la verdad, pero la verdad no puede ser una verdad sin esperanza. Si ya ha llegado la separación, ellos tendrán que saberlo, pero es importante que ésta sea dicha con sabiduría, dándoles esperanza en el poder restaurador de nuestro Dios.

Detalles de pecado y de heridas deberán ser evitados para no herir ni afectar más sus corazones. Aunque ellos sean grandes, es importante ser cuidadosos al momento de hablar con ellos porque podemos afectar su visión de nuestro cónyuge.

La verdad tiene que ser dicha con sabiduría y amor, buscando siempre la restauración, dando siempre una visión de fe y esperanza, basada en lo que nuestro Dios es—un Dios de restauración—y en lo que Él nos promete.

Por otro lado, no dejes que la crisis te ciegue y te impida ver que hay más personas que están siendo afectadas con todo esto, y ellos son tus parientes cercanos y amigos. Parece obvio que ellos no son lo más importante en este momento, pero haciendo caso de la exhortación de la palabra de Filipenses, te invito también a considerar de forma empática lo que sienten los parientes cercanos y amigos de la pareja cuando ésta entra en crisis o se separa momentáneamente.

No dejes de considerar sus sentimientos. Para ellos también es difícil enfrentar esta crisis que se ha venido sobre ustedes. La mayoría ama a ambos y no sabe, muchas veces, a quien le debe lealtad.

Nosotros también tenemos tendencia a exigir una cierta postura de parte de ellos, aludiendo que nuestra parte es la más afectada, pero debemos entender que la mayoría de ellos sentía aprecio por nosotros dos, y ahora sienten que tienen que escoger entre nosotros, con cuál se quedan.

No les pongamos en esa postura. Liberemos a nuestros amigos y parientes para que puedan expresar su amor por nosotros dos y para que puedan también manifestar su postura y opinión de lo que estamos viviendo. Eso no significará que debamos tomarlo en cuenta o hacer lo que ellos nos aconsejen, ya que nuestra decisión ha sido seguir las órdenes de nuestro Padre Celestial, pero podemos escucharles con empatía y transmitir a ellos palabras de ánimo que provengan de nuestro corazón, afirmado en las promesas de Dios.

En estos tiempos de valle oscuro, es imprescindible aprender a seleccionar las personas idóneas para ser nuestros compañeros en medio de la crisis. No es sabio andar ventilando a todos los que nos cruzan las situaciones que nos agobian. Escojamos sabiamente los amigos y compañeros de oración, que pasarán junto a nosotros el valle de sombra.

Pídele al Señor que te rodee de personas sabias, personas idóneas que te ayuden y afirmen en el propósito de restaurar tu matrimonio. Aléjate de personas tóxicas que te lleven a guardar rencor o a envenenar tu alma contra tu cónyuge.

Recibe los consejos que te lleven a restaurar y a sanar tu matrimonio y familia, y desecha toda palabra negativa que te haga desistir o dudar del propósito restaurador de nuestro Dios.

Mi oración por ti es que Dios provea esas personas idóneas que te acompañen y te acojan con sabiduría y amor durante este tiempo. Que sean amigos como los que habla en Proverbios 17:17, ese amigo que es más unido que un hermano.

Y también oro que seas capaz de dejar tu egoísmo de lado por un momento, para mirar a tu alrededor y considerar a aquellos que sufren junto a ti.

"Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones…" (2ª Timoteo 4:5).

## CAPÍTULO SEIS

### Toda Sanidad Requiere Tiempo

**"Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora"** (Eclesiastés 3:1).

Este quizás, sea para ti, el capítulo que contiene la verdad más difícil de aplicar.

Está claro que entendemos la necesidad de la restauración y que estamos dispuestos a pagar el precio de lo que eso signifique. No obstante, cuando pensamos en que este proceso tomará un tiempo prolongado, se nos viene encima un desánimo inmenso, pensando en que no podremos soportar tanto tiempo.

Pero la verdad es ésta: toda sanidad requiere un tiempo para que se realice de forma completa.

Así como tomó tiempo para que se hiciera la herida, para que el matrimonio se agrietara y se afectara, también habrá que esperar el tiempo necesario que requiere la sanidad completa.

Cuando se trata de la salud física parecemos entenderlo y aceptarlo con más facilidad. Sabemos que cuando una persona está aquejada por una enfermedad grave y debe ser intervenida, el médico se tomará un tiempo prudente para diagnosticar, luego habrá un tiempo para preparar la intervención, posteriormente vendrá el tiempo de la recuperación hasta que la persona sea dada de alta, para que pueda realizar sus actividades diarias con relativa 'normalidad', dependiendo del tipo de procedimiento. En muchos casos, cuando se trata de enfermedades graves, quedan algunas secuelas que deben ser tratadas con posteridad y allí recién comienza el proceso de adaptación de la persona a su nueva vida.

Si todo esto ocurre con la salud física, más aún debemos entenderlo y aceptarlo en relación a la salud emocional y espiritual. Cuando un matrimonio se hiere y se afecta, sea por el motivo que sea, hay dos almas afectadas y heridas que necesitan un tratamiento de Dios para que sean otra vez levantadas y para que puedan proseguir con el proyecto de vida en conjunto.

Si se ha cometido pecado que ha herido al cónyuge, es necesario un tratamiento para que quien transgredió sea tratado en su área de debilidad.

Intentar reconstruir un matrimonio sobre la base de ese pecado podría ser la certeza de otra crisis a mediano plazo, porque no habría sido removido el problema que causó la  crisis o separación.

Hay que darle tiempo al proceso. Y eso, a veces es difícil, pero es absolutamente necesario.

Este es el tiempo para buscar a Dios y aprender a esperar en Él. Leamos lo que dice el salmista en el salmo 40: 1-2:

"Con paciencia esperé que el Señor me ayudara, y él se fijó en mí y oyó mi clamor. Me sacó del foso de desesperación, del lodo y del fango. Puso mis pies sobre suelo firme y a medida que yo caminaba, me estabilizó."

Es tiempo de esperar con paciencia el proceso que hará el Señor en nuestra vida y en nuestro matrimonio. El tiempo requerido dependerá de la cantidad de áreas que deberán ser tratadas y sanadas. Y si la crisis fue grande y abarca muchas áreas del matrimonio, quizás tome mucho tiempo.

Reconozco que ésta fue una de las áreas más difíciles para mí también, pues tal como conté en el testimonio al inicio del libro, el proceso completo llevó casi 10 años de mi vida… de nuestra vida.

Es mucho tiempo, más aún para una persona impaciente como yo, pero así fue forjada en mí la paciencia, y el Señor me enseñó a esperar, a soportar, a

creer con perseverancia y constancia, y a no desistir jamás de los procesos que Él permitía en mi vida.

Creo que valió la pena la espera. Cuando finalmente vi todas las oraciones respondidas a cabalidad, percibí que ese tiempo no fue perdido. Fue un tiempo de tratamiento de Dios en mi carácter, un tiempo de cambios en nuestra familia, un tiempo de crecimiento en todo aspecto.

Cada parte del proceso se transformó en una perla valiosa, porque Dios le dio sentido a todo. Cada lección aprendida fue marcada con fuego en mi corazón y atesorada como experiencia, no sólo para mi vida y mi futuro, sino que con el tiempo he podido ayudar a muchas otras personas más que han pasado y pasan por lo mismo.

"Ciertamente ninguno de cuantos en ti esperan será confundido" **(**Salmos 25:3).

La promesa de Dios para aquellos que confían y esperan en Él es que no serán confundidos ni avergonzados. Al final de la jornada habrá valido la pena esperar en Él.

Quizás habrá momentos en donde te será más difícil hacerlo, pero ten en mente que este dolor y esta crisis tiene un fin, no durará para siempre. Y ese fin llegará pronto. Sólo debes permanecer en fe, creyendo a Dios, quitando tus

ojos de las circunstancias y descansando en las promesas que Dios te ha hecho sobre sanidad y restauración.

Él te sustentará y renovará tus fuerzas para que sigas adelante, aun en medio de tiempos más oscuros o circunstancias más difíciles. Te hará "volar como águila", así como dice en Isaías 40:31, volar sobre los problemas, volar sobre las grandes olas que te agobian. Te hará levantarte y tener *Su* mirada para el problema que te aqueja.

Es tiempo de descansar, de confiar, de esperar, de creer, y de perseverar. No desistas—Él está contigo.

"No tengas miedo, porque he pagado tu rescate; te he llamado por tu nombre; eres mío. Cuando pases por aguas profundas, yo estaré contigo. Cuando pases por ríos de dificultad, no te ahogarás. Cuando pases por el fuego de la opresión, no te quemarás; las llamas no te consumirán" (Isaías 43:1-2).

## CAPÍTULO SIETE

## El Verdadero Enemigo

**"El propósito del ladrón es robar y matar y destruir; mi propósito es darles una vida plena y abundante [Jesús]"** Juan 10:10).

Algo que parece seguro en medio de una crisis es que nos transportamos desde un maravilloso paraíso a un campo de guerra, ya sea que se trate del período transcurrido para llegar al quiebre, como también después de que ya ha ocurrido. Lo que es cierto es que la relación se pone tensa y complicada.

Normalmente, hay peleas, muchas contenciones, palabras vienen y palabras van, hay reproches, exigencias, cobranzas de cosas pasadas, más heridas, y más palabras duras se dicen. En algunos casos, incluso, hay momentos de forcejeos y de intentos de violentar al otro. Estamos frente a una zona de guerra, y nos perfilamos como enemigos uno del otro.

Nuestra mente comienza a maquinar estrategias, a pensar en formas de probarle cosas al otro, formas de dejarlo en evidencia, formas de enrostrarle el

dolor que nos ha causado. Nuestro corazón se duele más y más a medida que aumentan los episodios de enfrentamiento.

No obstante, hay otra verdad que debemos considerar desde la perspectiva espiritual respecto a nuestro matrimonio. Esta verdad está fundamentada en lo que dijo Jesús allí en Juan 10 verso 10, cuando mencionó que nuestro enemigo del alma, Satanás, tiene como objetivo principal robar, matar, y destruir. Nuestro enemigo no está feliz con las familias unidas, ni con los matrimonios que caminan en armonía, y su plan es causar división y separación para destruir a las familias de la tierra, afectando así nuestra sociedad, nuestra nación, y finalmente el mundo entero.

Ese plan no ha cambiado en siglos, pero hoy, más que nunca, este enemigo ha estado usando todo tipo de estrategias para acabar con el proyecto de Dios, y tu familia no es la excepción. Por eso, debes colocar tu mirada en Dios, y a través de Sus ojos debes mirar toda tu situación desde una perspectiva más global.

La palabra de Dios también dice en Efesios 6:18 que nuestra lucha no es contra las personas, así que no debemos mirar a aquél que está delante de nosotros como nuestro enemigo, sino entender que quien está detrás de todo esto es el enemigo de Dios que quiere acabar con el proyecto especial de Dios, que es la familia.

Alza tus ojos y mira desde la perspectiva de Dios. No mires lo temporal, lo que está delante de tus ojos. Mira lo que está detrás, y comprende que tu lucha es mucho mayor que sólo una diferencia de opinión o una crisis entre ustedes. Debes entender que así como tú, hay muchas familias más que pasan por lo mismo en este mismo instante luchan contra Satanás, el enemigo de Dios.

Este enemigo no puede ser vencido con armas carnales. Las armas carnales son armas comunes a nosotros los humanos, armas que usamos para conseguir nuestros deseos egoístas, armas que nacen en nuestras pasiones desordenadas. Esas armas sólo llevan a mayor destrucción y jamás a la restauración.

Un arma carnal que usamos es la argumentación excesiva. Pensamos que nuestras palabras podrán convencer al otro de su error y hacerlo "reaccionar". Intentamos con todo tipo de argumentos que elaboramos detenidamente por horas convencer al otro para que cambie su postura y entienda todo desde nuestra perspectiva.

Curioso, pero en los años de matrimonio que tengo, sumado a toda la experiencia de consejería matrimonial realizada por años, puedo decir que el porcentaje de éxito utilizando esta estrategia es bajísimo, y normalmente la argumentación produce en el cónyuge el efecto opuesto al deseado, haciendo

que la persona se vuelva más obstinada en su punto, afirmándose en sus argumentos con una especie de porfía inexplicable.

Otra de las armas carnales que utilizamos es la manipulación. En esta categoría se usan muchas estrategias para conseguir lo que uno quiere. La manipulación activa es la más evidente, y se trata de esas acciones que realizamos con el objetivo de conseguir otra cosa. Por ejemplo, es muy común que en medio de las crisis los matrimonios utilicen a los hijos para manipular al cónyuge a cambiar en el área que se desea. Ya sea amenazando con quitárselos, o quizás poniéndolos en contra del cónyuge, o involucrándolos en las peleas y contiendas que surgen. Llegamos a estar tan cegados que ni siquiera tomamos en cuenta el daño que esto les está provocando a ellos.

Otra manipulación activa es amenazar y, a veces, cumplir la amenaza del abandono del hogar. A través de los años y en mi propia experiencia, he visto cómo muchos cónyuges han tomado la determinación de salir del hogar para ver si de esa forma su cónyuge "reacciona" y cambia su postura. Sin embargo, aunque muchas veces el efecto esperado ocurre, he visto muchas otras veces donde el efecto producido es inesperado, y la reacción del cónyuge abandonado es totalmente contraria, causando más daño y devastación.

He visto cónyuges amenazar con matarse o, incluso, llegar al intento de suicidio frente a su cónyuge e hijos para conseguir "hacer reaccionar" a su cónyuge en medio de un estado de confusión mental y emocional.

Sin embargo, también existe la manipulación pasiva. Ésta, quizás, sea un arma carnal poco reconocida, pero no por eso dejada de lado. La manipulación pasiva busca conseguir un objetivo oculto, pero utiliza distintos métodos que no son percibidos como ataque. Normalmente, lo que se busca a través de la manipulación pasiva es que el cónyuge sienta pena o lástima y que eso lo lleve a "reaccionar". Es una forma sutil y camuflada de hacer que el otro haga lo que uno quiere. Pero el fin es el mismo—produce frustración en el cónyuge, y cuando de cierta forma se revela la verdadera intención, igual hay decepción y heridas. Dentro de este rango está el látigo de la indiferencia. Se trata de castigar a nuestro cónyuge con el silencio, ignorándolo, dejándole sin campo de acción, ni de reacción. Podemos pasar horas, días, o hasta semanas manteniendo una postura de silencio e indiferencia, obviamente con el mismo propósito de hacer "reaccionar" a nuestro cónyuge frente a alguna situación.

Un arma carnal muy común utilizada por muchos en el matrimonio es la maledicencia. Es cuando decimos groserías y palabras ofensivas a nuestro cónyuge con el fin de hacerle "reaccionar". Es una forma de agresividad. En

términos más eruditos, se le denomina violencia verbal. Pero más frecuentemente de lo que estamos dispuestos a reconocer, caemos en esta trampa, y comenzamos a ofendernos mutuamente con el propósito de hacerle ver al otro nuestra molestia con respecto a alguna situación.

Todas estas armas implican que estamos actuando en la carne, es decir, estamos siendo guiados por nuestros instintos más bajos. Significa que hemos declarado nuestra independencia de Dios, y hemos escogido conseguir nuestros objetivos por nuestros propios medios.

Nuestro deseo inmenso de ver resultados rápidos nos ciega y no nos deja ver que no sólo nos hemos alejado de nuestro Dios, sino que además, hemos comenzado a usar las armas de nuestro enemigo, abriéndole más espacio para que nos siga atormentando.

Podemos darnos cuenta que estamos usando armas carnales por el resultado que éstas provocan. Normalmente, lo que se obtiene después de usarlas es más contienda y más insatisfacción. A veces se consigue un resultado inmediato, pero es sólo aparente, pues el problema de base persiste, y dentro de poco tiempo vuelve a surgir y a causar consecuencias incluso mayores.

La única forma de realmente vencer al enemigo de nuestra alma en nuestro matrimonio y familia es usando las armas espirituales. Estas armas no

provienen de nosotros mismos, no son nuestros propios argumentos o estrategias, y muchas veces no producirán de inmediato lo que deseamos. Pero son efectivas, y sus resultados son duraderos.

La oración es un arma espiritual poderosa. La Palabra de Dios dice en Santiago 5:16 que la oración del justo es muy eficaz y poderosa en sus efectos. Las oraciones no operan en el mundo natural, sino en el espiritual, y es allí donde producen el efecto más poderoso, y al mismo tiempo, duradero. En esta batalla espiritual contra el enemigo que provoca la división y la contienda, la oración funciona como un misil que va abriendo camino y limpiando el campo de batalla delante de nosotros.

Jesús mismo hizo referencia a la oración constante en Lucas 18 cuando refirió a sus discípulos la parábola de una viuda que insistía en hacer su petición delante del Juez injusto. Ella insistió tanto delante de este hombre, que por cansancio éste le concedió lo que solicitaba, y finalmente le hizo justicia.

Jesús finaliza esta historia diciendo: "¿Y no hará Dios justicia a sus escogidos, que claman a El día y noche? ¿Se tardará mucho en responderles? Os digo que pronto les hará justicia" (Versos 7 y 8). Esta afirmación es potente, pues dice que si ese hombre injusto respondió a la petición de aquella

mujer, mucho más aún nuestro Padre Celestial, que nos ama, estará dispuesto a escuchar nuestra petición y respondernos de acuerdo a Sus planes.

Lo curioso de las palabras de Jesús está en la interrogación con la cual finaliza esta intervención, cuando dice: "No obstante, cuando el Hijo del Hombre venga, ¿hallará fe en la tierra?" Muchas veces medité en este texto y pensé que esta afirmación de Jesús quería decir que en realidad aquí no se trata de si Dios es o no es capaz de responder las peticiones que le hagamos en oración, porque es evidente que Él no sólo tiene todo el poder, e incluso la disposición para hacerlo, sino que él cuestiona si acaso nosotros tendremos la fe suficiente para creer que Él es capaz de hacer el milagro que necesitamos, y si seremos capaces de perseverar en pedir ese milagro de la misma forma en que lo hizo la viuda.

En todos los años que llevo de creyente y también en toda la experiencia como consejera cristiana, he notado que uno de los motivos por los cuales muchas personas no alcanzan las grandes victorias prometidas en la Palabra de Dios es porque desisten con mucha facilidad, y abortan la vida de oración tempranamente.

La perseverancia es lo que Dios desea que desarrollemos en nuestro carácter, y los tiempos difíciles, en medio de tribulaciones, son el mejor período para que esta cualidad de carácter se desarrolle. Perseverar en la

oración es lo que fortalece nuestra fe, pues es semejante a caminar por la vida natural con una mirada espiritual. Así, nos mantenemos en perspectiva. Nuestra confianza no está basada en nuestras propias estrategias humanas y fallidas, sino en el poder y capacidad de Dios para cambiar aquellas circunstancias adversas.

La oración debe ser constante, fervorosa y paciente. Debemos orar hasta que veamos la respuesta de Dios en esa área. Él podrá respondernos de tres formas distintas: con un sí, un no, o un "espera".

Así que, no dejes de ir delante de Dios en oración para llevar tu petición respecto a la restauración de tu matrimonio. Dios es un Dios de restauración, por lo cual ya sabes que estás orando por algo que es Su voluntad.

El verso catorce de la primera carta de Juan capítulo cinco dice categóricamente: "Y ésta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye." Así que, Él seguramente lo hará. Puedes tener certeza que de la misma forma como esa viuda fue atendida por cansancio, si perseveras, pronto tu Padre Celestial escuchará y atenderá tu oración.

Las verdaderas batallas espirituales se ganan de rodillas. Ésta es la clave para que alcances la victoria en tu matrimonio. No desistas de orar y clamar al

Señor por tu causa, aunque pase el tiempo y aún cuando, a veces, las circunstancias empeoren.

Ten la confianza que Dios está actuando para darte la respuesta, desde el mismo momento en que comenzaste a orar. Sólo debes mantener la fe mientras llega el día en que veas esa respuesta.

"Por nada estéis afanosos; antes bien, en todo, mediante oración y súplica con acción de gracias, sean dadas a conocer vuestras peticiones delante de Dios" (Filipenses 4:6).

## CAPÍTULO OCHO

### Creando el Ambiente Adecuado

**"Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles"** (Romanos 8:26).

Tomar la decisión de restaurar no es fácil. El torbellino de emociones que nos envuelve nubla nuestra visión. La separación, muchas veces, se perfila como la "solución" para la crisis, y la posibilidad de restaurar el matrimonio se ve lejana y complicada, debido a las circunstancias.

Y es cierto. No es fácil restaurar. Es un camino largo y difícil, algo semejante a cuando uno decide realizar una reforma en la casa.

Uno tiene la idea general y la visión de cómo se verá al final del proceso. Pero de inmediato se levantan un sinnúmero de obstáculos que nos hacen ver el desafío como un poderoso gigante que viene contra nosotros.

De la misma manera, cuando decidimos restaurar sucede algo semejante. Está nuestra intención de salvar el matrimonio, pero todo y todos se oponen a nuestra decisión, y a veces, incluso, llegamos a pensar que será una misión imposible.

Pero no es una mala decisión. Restaurar tu matrimonio es la mejor decisión que podrías llegar a tomar. Considera que esas emociones negativas que te invaden hoy no estarán siempre allí. Esa misma visión pesimista que te aqueja en este instante, se irá en un momento, y comenzarás a ver las cosas desde otra perspectiva.

Años más tarde, las cosas tendrán otro prisma y, con certeza, no te arrepentirás de haber hecho todo lo que estaba a la mano para salvar el proyecto familiar que ahora está deteriorado. Por eso, el primer paso para una verdadera y completa restauración matrimonial debe ser la decisión firme de restaurar pase lo que pase. Es tomar la determinación de restaurar a pesar de los obstáculos que se levanten, sin vacilar, ni retroceder. Es perseverar en el propósito de buscar la sanidad del matrimonio.

Después de tomar esta determinación, vendrán pruebas—momentos y circunstancias que intentarán hacerte volver atrás, pero tendrás que mantener tu mirada fija en la meta, que es la sanidad total de tu matrimonio y la disposición a permanecer en este proyecto todo el tiempo que sea necesario

hasta que la sanidad completa ocurra. Habrá muchas etapas y desafíos a vencer, pero tendrás que vivirlos todos con la ayuda y guía del Señor.

Este camino de restauración no es posible vivirlo a solas. Sin Dios, no será posible. Sólo Él podrá darte los elementos para poder avanzar y soportar el dolor y la tristeza que conlleve cada etapa. Sólo Él tiene la sabiduría y la gracia que tú necesitas para poder pasar con victoria por cada situación que vendrá.

Por eso, no intentes hacerlo en tus fuerzas, porque éstas fallarán en algún momento. Tú te cansarás, te desanimarás, querrás tirar la toalla en algún momento en que esto te sobrepase. Pero si estás en Cristo, en una relación íntima con Dios y aferrada a Él, siguiendo sus pasos, todo será posible.

Jesús le dijo a sus discípulos: "Porque separados de mí, nada podéis hacer" (Juan 15:5). Es una profunda verdad. Sólo aferrados a Él tendremos la capacidad para poder perseverar mientras Él hace la obra de restauración y sanidad en nuestro matrimonio.

Quizás lo más difícil de entender y aceptar sea el hecho de que quien hará el milagro es Dios y no nosotros. Nada de lo que hagas o digas podrá cambiar tu situación. Sin embargo, es cierto que tú podrás ser un colaborador de Dios en el proceso. Pero quien tiene el poder de hacer la obra verdadera y duradera es sólo Dios.

Otra gran verdad que debes comprender es: El único que tiene poder para convencer a ti y a tu cónyuge de algo que debe cambiar no somos nosotros, sino el Espíritu Santo de Dios.

En Juan 16:8, Jesús dijo del Espíritu Santo que Él "…convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio…" Así que esa obra de "hacer entrar en razón" a nuestro cónyuge no es una tarea nuestra. Dios le convencerá de pecado, es decir, le mostrará lo que ha hecho mal, le revelará los engaños que hay en su mente, las mentiras que ha creído, las actitudes equivocadas que ha asumido y las decisiones mal tomadas.

No eres tú el Espíritu Santo de tu cónyuge, así que no es tu tarea convencerle de que está mal. Tu tarea es orar. Tal como vimos en el capítulo anterior, tu misión es llevar en oración tus peticiones a Dios y dejar que Él obre poderosamente en las regiones espirituales, rompiendo cadenas y liberando a tu cónyuge de aquellas cosas que le atan.

Si hasta este punto has asumido ese rol, de intentar convencer a tu cónyuge de su error, ya sea con argumentos, manipulaciones, acciones específicas para "hacerle reaccionar", quizás sea un buen momento para pedirle perdón a Dios por haber tomado Su lugar y haber intentado ser el Espíritu Santo de tu cónyuge. Pídele perdón, y dile que ahora le das el espacio, para que sea Él quien haga el milagro en tu matrimonio.

“No será por la fuerza, ni por ningún poder, sino por mi Espíritu —dice el Señor Todopoderoso” ( Zacarías 4:6).

El Espíritu Santo no sólo convencerá a tu cónyuge de su error, sino que también, dice la Palabra, que le convencerá de justicia, es decir, de lo que es correcto. Le mostrará el camino que debe andar, le guiará para hacer lo correcto y para andar de acuerdo a la Voluntad de Dios.

En este proceso, cada persona es distinta de otra. A lo largo de los años, he ido acompañando distintos procesos de restauración matrimonial en diversos matrimonios, y lo que es cierto es que hay personas que responden con rapidez a los procesos de Dios en su vida. Pero también es verdadero que hay cónyuges que tienen el corazón mucho más endurecido hacia Dios, y cuyos procesos son lentos y difíciles.

Quizás tu caso esté dentro de estos últimos. Si es así, no te desanimes. Aunque tarde a tus ojos, Dios igual obrará. Tu parte será perseverar en oración y en la actitud correcta, mientras Dios hace Su parte, transformando tu matrimonio para llevarlo a la restauración total.

La palabra de Dios dice que “Dios no es Dios de confusión, sino de paz” (1ª Corintios 14:33). Por lo tanto, para que obre Su Espíritu en nuestro hogar y matrimonio, es necesario que colaboremos con Él en crear este ambiente de paz y armonía donde Él pueda actuar libremente.

Santiago 3:16 dice, “Porque donde hay celos y contención, allí hay confusión y toda obra perversa.” Un ambiente de peleas y griterío no es el ambiente adecuado para que Dios opere.

Cuando se genera este ambiente, el único que puede obrar allí es el enemigo de nuestra alma: Satanás. Se sentirá con plena libertad de actuar en nuestro medio, ya que todas las obras manifestadas entre nosotros, serán “obras perversas” como menciona el texto.

Por eso es tan importante que estés aferrado a Dios en este proceso. Si lo haces carnal o pasionalmente, estarás propenso a dejarte llevar por tus instintos, que te llevarán a peleas y tensiones entre ustedes de forma constante.

Dios, en Su Palabra, dice que el “fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23). Es un fruto, el producto de algo interior. El fruto del Espíritu es la manifestación externa de una obra interna de Dios en nuestro carácter.

El fruto debe ser saboreado por otros, y lo que esas personas deben probar es todo lo mencionado arriba: el amor, el gozo, la paz, etc. Debe, por tanto, ser un fruto dulce, deseable. Y será ese fruto en nuestro carácter lo que ayudará al Espíritu Santo, creando el ambiente adecuado para que Él pueda hacer Su obra de transformación en nuestro hogar.

Así sucedió en mi historia de restauración. Gracias a Dios, entendí esta verdad a tiempo. Me di cuenta que mis artimañas y estrategias eran inútiles, y que lo que producían, la mayoría de las veces, era el efecto opuesto al que yo anhelaba. Luego comprendí que mi tarea como hija de Dios, era de ser colaboradora en el trabajo que Él había prometido y que tenía la capacidad de hacer. Entonces me dispuse. No fue fácil. Más aún siendo yo una persona extremadamente emocional. Siempre fui muy extrovertida, y demostraba con mucha facilidad mis sentimientos y pensamientos. Pero durante el tiempo de restauración, cuando comprendí esta verdad, Dios comenzó a tratar mi carácter.

Aprendí a guardar silencio, a no reaccionar intempestivamente, a pensar mucho antes de hacer o decir algo. Todo lo pasaba por el siguiente filtro: "Lo que voy a hacer o decir, ¿me lleva a restaurar o quebrar más la relación?" Y luego de pasarlo por este filtro, muchas veces desistí de hacer o decir cosas que, seguramente, hubiesen empeorado la situación aún más de lo que ya estaba. Esta actitud diferente, de pasar todo por el filtro, realmente ayudó mucho en el proceso de restauración. A veces se hacía difícil, otras parecía no valer la pena, pero a la larga dio resultado, y valió la pena renunciar a mis propias reivindicaciones para dar espacio al Espíritu Santo para que obrara en nuestra relación.

El amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, y templanza sólo podrán manifestarse en un ambiente donde el Espíritu Santo tenga libertad de acción, y para ello, es necesario que nosotros, los que hemos escogido mantenernos aferrados al Señor, preservemos ese ambiente de armonía, de paz, y de amor en nuestro hogar.

"Desde los tiempos antiguos, yo soy. No hay quien pueda librar de mi mano. Lo que yo hago, nadie puede desbaratarlo" (Isaías 43:13).

## CAPÍTULO NUEVE

### La Visión de Fe

**"…pues Dios ve no como el hombre ve, pues el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón"** (1° Samuel 16:7).

Uno de los factores claves en el proceso de restauración matrimonial es mantener la visión correcta de la situación y del cónyuge.

Como dijimos antes, nuestra tendencia natural es mirar lo aparente y externo y hacernos un juicio de acuerdo a lo que vemos. Sin embargo, la visión de Dios es distinta, es más profunda, pues Él tiene una visión que alcanza también la dimensión espiritual de todo lo que está sucediendo.

El texto con el que iniciamos el capítulo muestra esta realidad. Nosotros miramos lo que está delante de nuestros ojos, y difícilmente tenemos la visión completa de toda la situación.

Dios dice que no mira la apariencia, Él mira el corazón, y Su Palabra nos insta a hacer lo mismo. 2ª Corintios 4:18 dice, "No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas."

Un verdadero creyente no puede vivir sólo de lo que ve. Debe vivir por fe, mirando lo invisible, creyendo las promesas de Dios, y confiando que sus oraciones serán respondidas.

Estas son las cosas eternas de las que habla el texto. Son las promesas inmutables de Dios que están a nuestra disposición, si creemos y aguardamos su cumplimiento.

En tiempos de crisis, debemos adoptar esta postura y aprender a caminar en fe, mirando lo invisible, manteniendo nuestros ojos en aquello que perdura, lo que no se ve, pero que sabemos que está ocurriendo en las regiones espirituales. Debemos admitir que no tenemos la visión completa o global de lo que está ocurriendo. No sabemos lo que hay en el corazón de nuestro cónyuge, y tampoco sabemos lo que Dios piensa de él o ella. No sabemos todas las cosas, y nuestra percepción de todo es parcial.

Por eso, debemos mirar con fe. Mirar a través de los ojos de Dios todo lo que nos está sucediendo, entendiendo que es muy cierto lo que dice la Palabra en Isaías 55 que, "nuestros caminos y pensamientos no son los

caminos y pensamientos de Dios", que así como son más altos los cielos que la tierra, así son más altos los caminos y pensamientos de Dios que los nuestros (versos 8 y 9).

Son distantes y a veces inescrutables. Por lo tanto, debemos pedir a Dios que nos muestre cuáles son esos caminos, y que nos dé una pequeña mirada a través de Sus ojos respecto a nuestra situación. En este punto, se hace entonces necesario pedir a Dios que nos hable de forma clara y que nos muestre lo que Él piensa sobre nuestro matrimonio y sobre nuestro futuro.

Esto, obviamente, tiene que ver con nuestra intimidad con Dios. En una relación estrecha con Él podemos escuchamos Su voz y dirección cuando le buscamos orando y leyendo Su Palabra.

Pero si no es así, no te desanimes. Dios desea revelarse a ti. Él quiere tener una relación contigo y mostrarte el camino por el que debes andar. Él quiere revelar Su corazón a ti, para que puedas andar en Sus caminos.

Dios habla de diversas formas. Siempre lo ha hecho.

Él habla a través de profetas (personas usadas por Dios para entregar un mensaje cuando no logramos escuchar Su voz directamente), habla a través de una predicación, de una música, de la naturaleza, poniendo paz o una certeza en nuestro corazón. Habla con voz audible, por medio de sueños, de visiones, del silencio o, incluso, la Biblia menciona que una vez habló a través de una

mula. No obstante, existe una forma primordial como Dios habla hoy en día a sus hijos, y todas las otras formas mencionadas deben confirmarse en esta última: a través de Su Palabra, la Biblia.

La Biblia es la revelación de la voluntad de Dios para cada uno de nosotros, y Dios se revela constantemente por medio de Su Palabra cuando ésta se hace "viva" para cada uno de nosotros, de acuerdo a nuestra necesidad. Cuando leemos en la Biblia un versículo y lo asimilamos como conocimiento o información, eso se denomina la palabra "*Logo*s" de Dios.

Pero cuando estas palabras saltan ante nuestros ojos y se hacen reales y específicas para nuestra situación, eso se llama recibir una palabra "*rhema*" de Dios para mí, es decir, una revelación personal de la Voluntad de Dios para lo que estoy enfrentando. Diariamente podemos buscar a Dios en oración y leer Su Palabra en busca de esta palabra "*rhema*" que sea la respuesta o dirección de Dios para nosotros respecto a nuestro matrimonio.

Recuerdo que en mi tiempo de crisis fueron muchas las palabras que Dios me dio, que me guiaron como una luz en esos tiempos oscuros, y que me dieron esa nueva perspectiva, la visión de fe que necesitaba para continuar la jornada y no desistir. En ocasiones, esas palabras vinieron producto de mi lectura y búsqueda diaria de Dios. En otras, las recibí por medio de las predicaciones del pastor el día domingo, en la iglesia donde me congregaba.

Muchas otras, vinieron a través de amigos o hermanos en la fe que sentían en su corazón enviarme algún versículo específico, y en contadas ocasiones, Dios usó, incluso, mi correo electrónico para enviarme una palabra que me sustentase en esa ardua jornada.

Lo cierto es que cada vez que Dios me daba una palabra, era una visión de fe. A veces, la palabra tenía que ver con mi matrimonio, con promesas de sanidad y restauración. A veces, fueron palabras respecto a mi cónyuge, de cómo Dios le veía y promesas de lo que Dios haría en él. Otras tantas fueron mandamientos de lo que Dios esperaba de mí, del trato que Él estaba haciendo en mi carácter, y de las actitudes que Él esperaba que yo asumiera.

Pero esas palabras fueron claves para sustentarme. Me mantuvieron firme a pesar de las circunstancias adversas. Además, me dieron fuerzas para perseverar, a pesar de mis emociones fluctuantes y circunstancias adversas.

La palabra de Isaías 30:21 se hizo real para mí cuando dice, "Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Éste es el camino, andad por él…" Recibí dirección de Dios durante todo el tiempo que duró mi jornada de restauración.

Y de la misma forma, Dios tiene dirección para ti también. Él conoce tu caso, conoce tu corazón, el corazón de tu cónyuge, y conoce también tu presente y tu futuro. Él sabe lo que sucederá, y ve más allá de las apariencias.

Así que, es sabio y prudente aferrarte a Él, para que puedas ver tu crisis por medio de sus ojos.

Pídele a Dios la visión de fe de tu matrimonio y de tu cónyuge. Escríbela. Aférrate a ella y camina, mirando al Señor mientras aún no se cumple. Escoge creerle a Dios, Él no te fallará.

"Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis" (Jeremías 29:11).

## CAPÍTULO DIEZ

### Un camino Llamado Perdón

**"Sobre todas las cosas cuida tu corazón, porque este determina el rumbo de tu vida"** (Proverbios 4:23).

Hemos llegado a la parte más importante de un proceso de restauración. Sin el perdón verdadero, es imposible que haya una restauración completa y duradera.

Quizás este sea el paso más difícil de dar. Perdonar es liberar al ofensor de todo peso de culpa por lo que nos hizo. Es entregar ese dolor y culpa a Dios, y descansar en Él.

Hacerlo una vez no es tan complicado, pero hacerlo de forma constante es un nivel mucho más profundo de perdón. A veces, pensamos que el perdón es un evento—un momento en el cual damos el paso delante de Dios, y de otros, de liberar al ofensor. Sin embargo, el perdón es un estilo de vida que nos lleva a mantener nuestro corazón libre de heridas y amarguras.

Por esta razón es tan cierta la verdad que esconde el texto de proverbios citado al iniciar el capítulo. Guardar el corazón es esencial en medio de este mundo lleno de pecado y lejanía de Dios.

Guardar es un verbo activo, es la acción de proteger, de hacerle mantención constante. Nuestro corazón se afecta. Algunos, tal vez, sean más sensibles que otros, pero todos, de una forma u otra, somos afectados por las personas, sea de palabra o hecho.

Las heridas del corazón no se pueden evitar, pero sí podemos escoger cómo manejamos el dolor que se nos ha causado. La tendencia natural del ser humano es guardar rencor. Dejar que nuestro corazón se llene de heridas, dolor, y caminar por la vida con esa amargura, dejando que otros prueben lo amargo de lo que nos inunda.

Guarda tu corazón, exhorta el proverbio, porque eso es lo que determina el rumbo de tu vida, es decir, de eso depende el resto de tu vida. En otras palabras, no dejes que lo que se anida en tu corazón sea el rencor, la amargura, el dolor, y la angustia, porque eso afectará el resto de tu vida.

Las heridas causadas en el matrimonio son determinantes en este proceso. Nuestro cónyuge, muchas veces, es el principal en causarnos heridas en el corazón. A veces, son heridas repetitivas. En otras ocasiones, se trata de

heridas traumáticas como la traición, el abandono, la violencia, o cosas semejantes.

Esas heridas no sólo corroen la relación matrimonial y familiar, sino que también causan devastación en nuestro corazón, lo que no nos permite avanzar por la vida de forma sana y tranquila. Por eso, debemos adoptar el perdón como nuestro estilo de vida, guardando nuestro corazón de estar sumido en el dolor y el temor. El perdón mantiene nuestro corazón limpio, a pesar de las heridas. Debe ser un estilo de vida, porque serán muchas las veces que tendremos que perdonar, mientras avanzamos hacia la restauración.

Además de tu comunión diaria con Dios, donde entregarás a Él tus peticiones, también tendrás que tomarte un tiempo para perdonar y entregar las heridas que se hayan acumulado por la convivencia diaria en este tiempo de crisis. El perdón es un acto espiritual. Se hace por fe, creyendo en el poder liberador que trae sobre ti mismo y sobre la persona que está atada a ti por la falta de perdón. No es un sentimiento favorable hacia el otro, ni tampoco deberíamos esperar sentir algo así para dar pasos de perdón. Es una decisión. Es escoger, por un acto de la voluntad, liberar al ofensor de la culpa por lo que nos hizo.

Eso no libera a la persona de las consecuencias de sus decisiones, pero sí nos libera de estar atados a ella por medio de la amargura y el dolor. Al

contrario de lo que muchos creen y practican, Dios dice en Su Palabra que debemos perdonar delante de Él y no necesariamente delante de la persona. En Marcos 11:25 dice, "Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas." Ya que el perdón es un acto que trae mayor liberación para el ofendido que para el ofensor, es mejor que sea delante de Dios.

Si el ofensor, arrepentido, algún día nos pidiera perdón, entonces simplemente nos ayudará a reforzar el acto de perdón anteriormente realizado delante de Dios en oración. Por lo mismo, no es necesario que el ofensor esté arrepentido para que demos el paso de perdonarlo delante de Dios. Muchas veces, tendremos que hacerlo simplemente por obediencia, mirando con misericordia a aquél que quizás sigue pecando y ofendiéndonos sin escatimar el peso de las heridas.

Tampoco debemos pensar que sólo se perdonan las grandes cosas. Nuestra tendencia es creer que el perdón es para las grandes heridas y ofensas, pero también es importante perdonar las decepciones y desilusiones que nos afectan día a día, y que quizás aprendimos a sobrellevar o dejar pasar, bajándoles el perfil.

Las pequeñas decepciones funcionan como “astillitas” que se clavan en alguna parte de nuestro cuerpo. Al principio no causa gran daño. Pero con el tiempo, pueden transformarse en una gran infección que sumada a muchas otras, puede terminar destruyendo nuestro corazón y cerrándolo para siempre al amor.

Así es que debes perdonar también el resentimiento. Toda pequeña herida, por insignificante que parezca, debe ser tratada para que sea sanada.

Muchos matrimonios no llegan a la separación o entran en crisis por grandes cosas, son, a veces, esas pequeñeces que se han ido relegando en el pasado y que luego, en un futuro no muy lejano, han surgido después de acumularse, causando gran devastación. Por este motivo, no dejes nada en tu corazón que pueda transformarse en el futuro en un caldo de cultivo para el enemigo y que termine por destruirte a ti mismo y tu matrimonio. Escoge el camino del perdón, día a día, en oración, y entrega el dolor y las circunstancias a Él, para tu sanidad completa.

La clave para saber si realmente hemos perdonado es observar si tenemos hacia el ofensor la misma actitud que teníamos antes de que se causara la herida. Esto no necesariamente significa mantener la misma relación, pero sí la misma disposición y apertura que teníamos antes de que se nos causara la herida.

No es posible restaurar completamente si no se perdona de corazón. Por eso, debemos vigilar nuestro corazón de forma constante para ver si haya signos de falta de perdón que puedan estar manteniéndonos cautivos y estorbando nuestra relación con Dios.

Ya lo dice Hebreos 12:15, "Mirando bien que ninguno se aparte de la gracia de Dios; no sea que brotando alguna raíz de amargura, os perturbe, y por ella muchos sean contaminados."

No podremos estar bien con Dios si tenemos amargura en el corazón. Uno de los grandes síntomas de una vida plena e íntima con Dios, que fluye, es vivir en paz con todos, habiendo perdonado a los que nos ofendieron.

Entonces, elabora una lista, escribiendo el nombre de todos aquellos que necesitan ser perdonados. Pero no sólo pongas en tu lista a tu cónyuge. A pesar de que tal vez él sea el mayor causante de tus heridas, también hay otros que podrían allí estar, como tus parientes, que seguramente han afectado tu relación (ya sea con actitudes o palabras), tus hijos, hermanos de la iglesia, personas del trabajo, y tantos otros.

Simplemente, perdona, ahora mismo, sin demorar más. Entrega esa lista con las ofensas a Dios en oración, en lo secreto de tu habitación. Abre tu corazón al Señor, y cuéntale el dolor que todo esto te ha causado. Luego,

delante de Él, haz una oración escogiendo perdonar a la persona que te ha ofendido, liberándola de toda culpa.

Nuestro Padre amoroso completará la obra en tu corazón, dándote amor, paciencia, bondad, y tolerancia mientras sigues en el proceso de restauración. Haz tu parte.

No te concentres demasiado en la ofensa. Recuerda que todos somos débiles y susceptibles de caer, al igual que aquél que te hirió. No juzgues tan severamente, porque ese mismo juicio podría venir sobre ti en otro momento. Perdona como te gustaría que se te perdonara, si tú fueras la persona que ofendió.

En Gálatas 6:1 dice que "debemos restaurar" al que ha cometido ofensa, considerándonos a nosotros mismos, no sea que también seamos tentados. No seamos tan severos con el otro. Consideremos que, en otra circunstancia, podríamos estar nosotros en su lugar. Extendamos misericordia, y demos de gracia lo que de gracia hemos recibido de parte de Dios de forma constante—el perdón por nuestras ofensas.

"Porque si ustedes perdonan a los hombres sus transgresiones (faltas, delitos), también su Padre celestial les perdonará a ustedes" (Mateo 6:14).

## CAPÍTULO ONCE

### No Durará Para Siempre

**"Por cierto, no se muele el grano indefinidamente ni se lo trilla sin fin…"** (Isaías 28:28).

Uno de los factores que, muchas veces, nos impide que alcancemos la victoria en los procesos que nos toca vivir durante nuestra vida, especialmente en una crisis matrimonial, es el desánimo.

No es grato pasar por tiempos oscuros en la vida. No nos sentimos bien, y parece que será interminable la tortura que todo esto nos provoca. Nuestra primera tendencia es a querer desistir, huir, dejar todo, echarlo todo por la borda, y deshacernos de lo que nos provoca esa tristeza y otras emociones diversas.

Pero este libro no podría terminar con otro mensaje si no éste: tu sufrimiento no durará para siempre. Es cierto que es difícil, es verdad que a

veces sientes como que no podrás soportar, pero ten ánimo, no será así para siempre.

El texto de Isaías citado más arriba lo declara—el grano no será molido indefinidamente. Es verdad que será molido, es cierto que habrá dolor, pero en algún momento acabará.

Recuerdo que muchas veces mi madre usaba esa frase para alentarme, principalmente cuando se refería a las contracciones del parto. Yo, particularmente, tenía mucho temor del momento del parto, por haber visto en las películas a mujeres gritando en el momento justo de dar a luz. Pero Mamá me alentaba, diciéndome que sería un dolor pasajero, y que cuando tuviera a mi pequeño bebé en los brazos, todo pasaría, y ya no recordaría el dolor.

Y así fue. Mi primer parto lo comprobó, ella tenía toda la razón. Sentí el dolor intenso de las contracciones, que parecían interminables, pero tan pronto como nació el bebé, no sólo vino el alivio, sino que también el dolor quedó relegado, debido a la alegría creciente de disfrutar al bebé.

Experimenté lo mismo con la crisis y el posterior proceso de restauración en mi matrimonio. Mientras pasaba por el valle de sombra y de muerte (referencia al Salmo 23), realmente sentía que era interminable.

Muchas veces, le dije a Dios en oración que no podría soportar, que ya no aguantaba más, que mis fuerzas se habían acabado,  y que no valía la pena

seguir. Pero, siempre las palabras de Dios y Su guía para mí eran que siguiera, que perseverara, recordándome que pronto pasaría todo, y que ese dolor y la tristeza del momento de crisis, sería sólo un leve recuerdo.

Y así sucedió. Dios obró poderosamente en nosotros, y nuestro matrimonio y familia fueron restaurados. Hoy, después de más de quince años desde que todo comenzó, puedo decir que ese dolor quedó atrás, y que el tiempo de angustia terminó.

Esa debe ser tu esperanza también en este tiempo difícil. No durará para siempre esta crisis. Pronto terminará. Dentro de poco tiempo estarás en la fila de aquellos que perseveraron y que obtuvieron la victoria frente al enemigo.

Cuando el desánimo te invada, recuerda la promesa de la palabra en 1ª Corintios 10:13, "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar." Dios no te dará una prueba mayor que la que puedes soportar o resistir, y juntamente con la prueba te dará una salida.

No puedes olvidar que no estás solo durante este tiempo. Dios camina contigo, llevándote en sus brazos amorosos. Él te guía, te cuida y te sostiene mientras das los pasos en esta jornada.

La clave para perseverar es quitar los ojos del problema en sí y concentrarnos en nuestra actitud. Para nuestro Dios lo más importante no es lo que estamos pasando, sino cómo lo estamos pasando. Es decir, cómo estamos enfrentando las circunstancias que nos ha tocado vivir.

Si Él quisiera, podría hacer desaparecer nuestro problema en un instante, pero lo importante es que comprendamos que su deseo es aprovechar esa crisis, como una oportunidad para hacernos crecer y transformar nuestra vida. Esta es la oportunidad de Dios para mostrarte esas áreas donde debes cambiar, renunciar, crecer, y aprender a ser más como Él.

Dios nunca provoca el mal. El mal siempre proviene de Satanás, pero la Palabra dice que Dios es capaz de hacer que sus enemigos le sirvan para sus propósitos. Es decir, Él puede transformar ese mal en una bendición para ti y para muchos más. La clave está en tu actitud.

Siempre habrá dos opciones: vivir la crisis con Dios o sin Él. Puedes tomar una actitud que te lleve a crecer, u otra que te lleve a menguar como persona. Las personas que escogen vivir la crisis en sus propias fuerzas, en su orgullo, a su manera, o en autosuficiencia, generalmente terminan derrotadas y con más problemas de los que tenían inicialmente.

Aquellos que escogen aliarse a Dios frente al problema son victoriosos al final, aunque el proceso sea lento y a veces doloroso. Sin embargo, a pesar

de lo doloroso del camino y de los desafíos que implique la jornada, el fin no sólo nos trae el milagro tan ansiado, sino que además, nos permite ser pulidos en el proceso, y así ser transformados por Dios en mejores personas.

Por eso, es tiempo de que entregues tu causa al Señor porque Él te ama, porque Él es Soberano, y porque Él tiene el control de todo. Para Él, no hay nada imposible, porque sólo Él te puede salvar, porque sólo Él puede transformar tu tristeza en alegría, porque sólo Él es capaz de cambiar tu destino. Confía en Él, aférrate a Él, mientras pasas por esta crisis.

Deja delante de Él tu causa, tu petición, tus lágrimas, y tu futuro. Él no te defraudará. Vivir con Él este valle de tu vida será una gran experiencia que sólo resultará en beneficio para ti.

No estás solo. Él ha prometido, "Nunca te dejaré, ni te desampararé…" (Hebreos 13:5).

"Aunque ande en valle de sombra de muerte, No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; Tu vara y tu cayado me infundirán aliento" (Salmos 23:4).